



## Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



# X – El juicio al monje maldito

## 19 – Infortunios de un fugitivo

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
Fecha de Publicación: 2022  
Número de páginas: 5  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## X. 19 – Infortunios de un fugitivo



**D**espués de escapar del puente de Angobar, el hijo de \*Dibl El-Baysâni corrió sin parar hasta llegar a Bursa<sup>1</sup>, en donde \*Massûd Beg le recibió con los brazos abiertos.

– Dime, Saad, ¿qué buenas nuevas nos traes?

– Las noticias que traigo no son nada buenas –respondió lúgubrementemente el joven–. Recitemos la *Fâtiha*.

– Ojalá tú puedas sobrevivir mucho tiempo a mi hermano Ibrahim<sup>2</sup> –replicó, cuando acabaron de rezar.

– ¡No, eso no es posible! –exclamó Massûd aterrado– Pero, dime: ¿murió de muerte natural o en combate?

Saad le hizo un detallado relato de los acontecimientos, y, en el acto, Massûd Beg puso a sus tropas en estado de alerta, y tomó todas las disposiciones necesarias para unirse a la campaña que el sultán no dejaría de lanzar. Mientras tanto,

Saad retomó su marcha; llegando así hasta el Horân, en donde se presentó de inmediato ante \*Hasan<sup>3</sup>.

– Bienvenido seas, sobrino –le deseó el viejo capitán– Pero, dime, ¿dónde está tu hermano Ibrahim?

– Se ha cumplido lo que ya estaba escrito: ha muerto como mártir de la Fe en el puente de Angobar.

– ¡No! ¡No puede ser! ¡Qué desgracia, mi pobre hijo! –gritó Hasan, estallando en sollozos.

Pero Saad se estaba muriendo de hambre, y al ver que no podía contar con Hasan para que le diera algo de comer, le dejó solo con sus lamentaciones y bajó al pueblo que se hallaba junto a las murallas; pues allí era en donde vivían las mujeres, mientras los hombres se pasaban el día en la ciudadela. Así que Saad se fue derecho a la casa de Aïsseh

<sup>1</sup> Ciudad de la actual Turquía, en la costa del mar de Mármara; fue, a partir de 1326, la primera capital del sultanato Otomano, hasta la conquista de Constantinopla en 1543. En el “Baïbars”, Bursa es un principado musulmán, más o menos, vasallo de El Cairo.

<sup>2</sup> Fórmula ritual destinada a conjurar el carácter funesto del anuncio de una muerte.

<sup>3</sup> El padre de Ibrahim el “León del Horân”.

“La Canosa”; al verla ocupada cocinando pan, acompañada de su hija Fâtmeħ, echó mano a unos cuantos panecillos y comenzó a mordisquearlos.

– Hola, querido sobrino –le dijo La Canosa–, danos alguna buena noticia de tu hermano Ibrahim.

– Quiera Dios que le puedas sobrevivir mucho tiempo, y también tu hija, la *labweħ* Fâtmeħ, recibir en parte los años que le quedaran.

– ¿Te parece bonito, hacer esas bromas a cuenta de tu hermano? –se indignó Aïsheħ– ¡Ojalá tus malvadas palabras se vuelvan contra ti; pájaro de mal agüero!

– No es una broma, tía mía –respondió Saad derramando lágrimas a mares– Yo he visto con mis propios ojos volar su cabeza.

– ¡Dime, viejo! –le espetó La Canosa a su marido que acababa de entrar– ¿Es verdad lo que dice Saad?

Y sin dar un respiro, La Canosa comenzó a entonar las albórbolas fúnebres, mientras su hija se enfrentaba contra el pobre Saad:

– ¡Mirad bien a este tonto! ¡Tú eres el que ha matado a mi hermano, y ahora vienes aquí, con la boca llena de pan, a anunciarnos su muerte!

Y de pronto, Fâtmeħ, empuñando el pincho de avivar el fuego, se lanzó sobre Saad.

– Pero bueno, ¡a ti qué mosca te ha picado! ¿Me quieres sacudir por unos pocos panecillos? ¡Tómalos, y así revientes con ellos! –concluyó Saad, arrojándoselos a la cara.

Huyendo a todo lo que le daban sus largas piernas del Horân, en donde solo se escuchaban llantos y lamentos, llegó rápidamente a Baysân, y se presentó en el acto ante su padre Dibl.

– ¡Bienvenido, Saad! –le saludó su padre– Pero... ¿dónde está tu hermano Ibrahim?

– ¡Qué desgracia! –suspiró Ibrahim– le dejé sobre el puente de Angobar; yo vi su cabeza caer en el río.

– Y tú, te has librado...

– ¡Sí, y me muero de hambre!

Mientras Saad andaba contando sus desventuras en el Horân, su padre ordenaba a un criado traerle algo de comer. Saad se instaló delante del plato sin esperar a más, y estaba a punto de llevarse la primera tajada a la boca, cuando Dibl, de una magistral bofetada le hizo volar por los aires.

– ¡Pedazo de inútil! –vociferó– ¡Han matado a Ibrahim, y tú no piensas más que en llenar la panza! Pero ha llegado tu hora.

Tumbándole de espaldas, le puso un pie sobre el pecho y sacó su puñal. En ese mismo momento en el que iba a atravesar el corazón de su hijo, sintió que una mano le sujetaba el brazo; al volverse, vio a Hasan El-Horâni.

– Desgraciado ¿Qué ibas a hacer? –le preguntó éste.

– ¡Deja que le mate! ¡Déjame que mate a este cobarde que ha abandonado el cuerpo de su hermano y se ha dado a la fuga para salvar el pellejo! –gritó Dibl.

– ¡No, hermano! Teníamos dos ojos, y hemos perdido uno; no nos prives del otro.

Tras muchos esfuerzos, el viejo capitán consiguió llegar a convencer a su cuñado de soltar su presa, que, en cuanto se vio libre, de un brinco salió por la puerta.

– ¡Hasta otra! –les lanzó– ¡Nos vemos en el mercado de la ciudad!

Y a todo lo que le daban sus piernas, salió hacia El Cairo.

– ¡Bienvenido, Saad! –le dijo el sultán– Dime ¿qué buenas nuevas nos traes?

– Escucha, me muero de hambre y de sueño, y lo que te tengo que contar es largo y complicado. Déjame primero llenar el estómago y dormir bien, y, cuando me despierte, te contaré lo que ha pasado con todo detalle.

Apiadado por el lamentable estado de su escudero, el rey hizo que le sirvieran una buena comida; Saad satisfizo su hambre, y, luego se fue a tender a la sala reservada a los *fidauis* del Horân, se desplomó sobre un lecho y durmió veinticuatro horas de un tirón. Cuando se despertó, se presentó ante el Consejo, hizo una respetuosa y profunda reverencia al rey, y le entregó el documento sellado por Mangoberto, junto con el testamento de Ibrahim; luego, le relató minuciosamente todo lo que les había sucedido desde que salieron de El Cairo. Cuando anunció la muerte de Ibrahim, los *fidauis* estallaron en lamentos y amenazas.

– ¡Por mi vida! –tronó el sultán– ¡Que no dejaré piedra sobre piedra de El-Aflâq! ¡Pasaré el arado por las ruinas de su ciudad y sembraré cebada para mis caballos!

En el acto, ordenó al visir Shâhîn que avisara a los virreyes de las provincias, poner a las tropas en pie de guerra, y concentrarlas en Bursa para, inmediatamente, marchar sobre El-Aflâq.

– ¡Y vosotros, valientes Hijos de Ismail, reunid a vuestros hombres; nos veremos bajo las murallas de la ciudad! –concluyó el sultán.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”:

X.20 – Las lágrimas de Saad